

Andaluces de la A a la Z

IGNACIO CAMACHO

SEVILLA.— Catedrático de Antropología en Sevilla, antiguo dirigente del Partido del Trabajo, Isidoro Moreno Navarro conserva de sus tiempos de líder de los PNN universitarios en los setenta una potente voz asamblearia y un pensamiento profundamente radical. Defiende el derecho generalizado a la autodeterminación, cree en la Europa de los pueblos y destila un nacionalismo hipercrítico que choca de modo frontal con los discursos políticos al uso.

Pregunta.— Tengo estos días una cierta mala conciencia; pienso que los que en el franquismo comprendimos o aceptamos a la ETA hemos contribuido a incubar el huevo de la serpiente.

Respuesta.— Sería un cinismo decir que cuando ocurrió lo de Carrero derramamos lágrimas. Aquello fue un asesinato político que cortaba en gran medida la posibilidad de reproducción del franquismo. El medio no era éticamente aceptable, pero sus objetivos políticos resultaron positivos. Yo lo que

Isidoro Moreno

creo es que no se puede analizar hechos políticos desde el ámbito exclusivamente ético, al menos como profesional de las ciencias sociales. Hay que ser analítico. Pero aquel contexto no se puede comparar con el de ahora, es absolutamente diferente. Por tanto, los juicios son también diferentes. Y no estoy legitimando en abstracto la violencia.

P.— Pero ellos siguen actuando igual.

R.— ETA se ha militarizado al cien por cien, y cualquier situación donde la lógica sea sólo militar es absolutamente execrable. Ya ni siquiera tiene objetivos políticos; su único objetivo es autorreproducirse como grupo. No caben justificaciones, ni aceptación de ningún tipo. Desde hace quince años, ETA ha perdido vinculación entre sus acciones terroristas y sus fines políticos. Y además le hace un flaquísimo favor al nacionalismo vasco y al derecho a la autodeterminación.

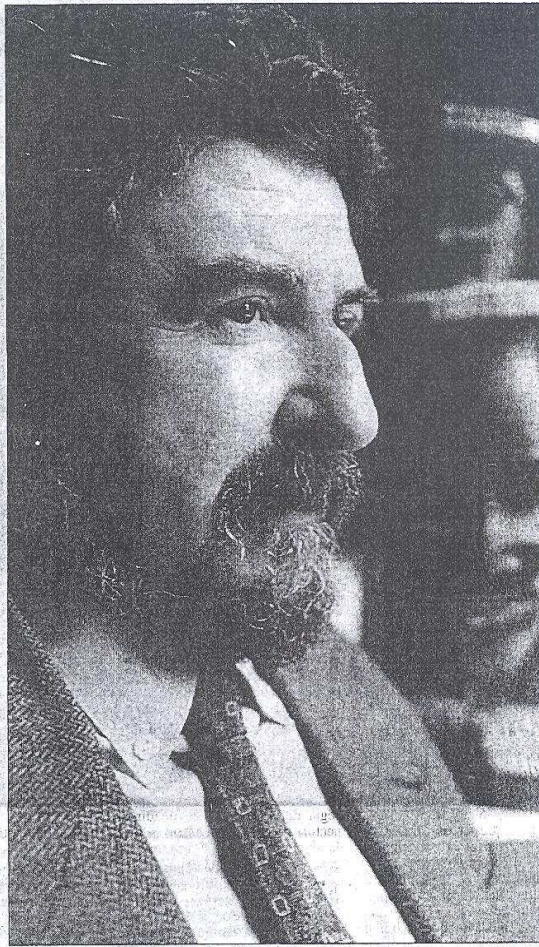
P.— Mucha gente piensa ya que deberíamos de independizarnos de los vascos.

R.— No me gustan las definiciones en sentido negativo. Yo creo en el derecho de los pueblos a decidir libremente su futuro. Del pueblo vasco, del catalán, del andaluz, del castellano, del de Córcega, de todos. Autodeterminarse no significa independizarse, sino decidir qué tipo de nexos se tienen con cada Estado en cuestión. Pero también creo que nadie debe estar obligado a convivir a la fuerza con nadie, ni en el plano individual ni en el colectivo. Ese fue el error de la tragedia de Bosnia. El Estado-nación no es algo sagrado. Hay que partir

«La dirección del PA no es nacionalista, es oportunista»

P.— Ese es el diseño del 77, el de Clavero. Café para todos.

R.— Si y no. ¿Quiénes son todos? Hay pueblos con una identidad histórica y cultural clara. Lo que en la Constitución se llamó nacionalidades es un número finito. Tratar de cerrar el título VIII es como querer parar el viento. El mundo tiene dos dinámicas: la globalización y la localización. Y son complementarias. El Estado pierde competencias, hacia arriba y hacia abajo. El



LA MIRADA DEL ANTROPOLOGO
El catedrático Isidoro Moreno, en su despacho de la Universidad de Sevilla, junto a una máscara étnica.

de la máxima libertad para decidir las relaciones entre los pueblos.

P.— Eso significa reformar la Constitución.

R.— ¿Y qué? La gente jura sobre la Constitución como sobre la Biblia, y esto es muy peligroso, porque la Biblia está terminada, es un texto cerrado, pero la Constitución no es un libro sagrado. Una constitución es un texto abierto a la correlación de las fuerzas políticas en cada momento. Fijese: en el año 80, cuando el 28-F, Andalucía rompió la Constitución, que establecía preeminencias para Cataluña, el País Vasco y Galicia. Andalucía rompió el diseño territorial, y no pasó nada. Pero hombre, si hasta el fútbol, que tiene importancia planetaria, cambia sus reglas...

P.— Pero si se cambia la Constitución, se podría pensar que la ha cambiado ETA a tiros.

R.— Ah, es que el cambio que yo veo no puede servir para discriminar positivamente a unos pueblos respecto a otros.

P.— Es el diseño del 77, el de Clavero. Café para todos.

R.— Si y no. ¿Quiénes son todos? Hay pueblos con una identidad histórica y cultural clara. Lo que en la Constitución se llamó nacionalidades es un número finito. Tratar de cerrar el título VIII es como querer parar el viento. El mundo tiene dos dinámicas: la globalización y la localización. Y son complementarias. El Estado pierde competencias, hacia arriba y hacia abajo. El

talante democrático debe servir para que las normas propicien una situación no problemática que facilite esa tendencia. La unidad no son los estados, sino los pueblos, las etnonaciones. Los estados, según Braudel, son contingentes. En breve no podrán decidir ni el cambio de la moneda.

P.— Y Andalucía sería una nación.

R.— Andalucía ahora mismo pinta muy poco en todo esto. Andalucía tiene lo que Fannon llamó el síndrome de colonización. Es un país dependiente, desidentificado incluso intelectualmente, en el que se le dice a la gente que habla mal porque habla en andaluz. Y la autonomía está intacta en sus mayores potencialidades, sin estrenar. La autonomía sólo ha servido para multiplicar de forma centralizada el aparato burocrático del Estado. La autonomía no se ha utilizado para vertebrar Andalucía, reducida al papel de granero de votos para llegar a la Moncloa. Los políticos andaluces son analfabetos sobre Andalucía, no saben nada de ella, ni les interesa.

P.— Insisto: ¿es una nación?

R.— En mis clases explico que sí. Andalucía es una nación cultural que estaba emergiendo a la categoría de nación-política, y cuya transformación fue bloqueada y desactivada desde las mismas instituciones autonómicas.

P.— ¿Y cómo se entiende que el nacionalismo andaluz se haya aliado con los desactivadores de esa conciencia de nación?

R.— Yo no suscribiría eso, porque no acepto que el PA sea nacionalista. El nacionalismo andaluz está políticamente invertebrado. Dentro del PA hay nacionalistas, pero su dirección, su cúpula, está formada por oportunistas y profesionales de la política.

P.— Sea como fuere, tienen el poder.

R.— Andalucía ha sido reducida a tres funciones, a los que la Junta coopera dócilmente. Primero: la frontera y el muro contra los países del Sur. Segundo: especialización en producciones agrícolas extratempranas para los países que no producen esos cultivos.

P.— Perdóname, pero son los cultivos que producen más riqueza: generan empleo y plusvalías.

R.— Plusvalías, desde luego. Sobre todo, para los dueños de los canales de comercialización. Empleo, según y cómo. En este departamento se han hecho tesis que muestran cómo esos cultivos han creado una nueva aparcería. Esa riqueza es un espejismo, porque su futuro está en los monopolios de las cadenas de comercialización, que permanecen en manos ajenas. Y luego, volviendo al argumento de antes, está la especialización turística. Andalucía se quiere convertir en el barrio lúcido de Madrid o de Europa. El turismo es importante, pero como monocultivo es suicida. No hay actividad más frágil, y si no hay política industrial, regeneración del tejido productivo, la pesca, las minas, se convierte en una barbaridad. Mire usted: en Toscana hay mucho turismo, pero a pocos kilómetros de Florencia está Prato, que es un centro industrial de primer orden. Parece que aquí hay que cerrar todo menos los casinos, los hoteles, los campos de golf y los cabarés. Y eso ocurre porque se decide por instancias que no son andaluzas.

P.— ¿Falta soberanía?

R.— El concepto de soberanía está obsoleto, vacío por la Historia. Ninguna nación, ningún estado es soberano actualmente. Algunos nacionalistas quisieran tener estados como los que ya existen, pero más pequeños. Se trata de definir los términos de la interdependencia. Y el diseño de ese camino no está realizado. Los pueblos que no tengan voz para participar en las discusiones supraestatales que ya están en marcha van a acentuar la subalternidad. Esa es la cuestión, la necesidad. Ahora bien, soy consciente de que este planteamiento lo comparte una infima minoría.

P.— ¿Se siente un poco profeta incomprendido?

R.— Libreme Dios, creo que forma parte de una minoría que en distintos lugares reflexiona sobre un análisis de la ciencia social muy parecido. Gente heterogénea, pero crítica, no doctrinaria. Lo que está pasando no estaba previsto ni por Durkheim, ni por Weber, ni por Marx.

P.— ¿La izquierda está desorientada ante estos fenómenos?

R.— Ya no sirven ni las coordenadas tradicionales para definir lo que es la izquierda y lo que no. Si hay desorientación, y una tendencia a no quedar huérfanos. Hay que atreverse a la orfandad, a desmarcarse de las iglesias que supuestamente tienen las respuestas para las preguntas. Sin despreciar sus aportaciones históricas, por supuesto. Blas Infante decía que los políticos tienden a sustituir las realidades por las palabras, y eso es muy actual. La izquierda actual consiste en luchar contra la desigualdades: la diferencia de sexos, étnica, etcétera. Pero hay que dejar cantidad de lastre intelectual.

P.— La última pregunta es para el antropólogo, y enlaza con el principio de la conversación. ¿Los vascos son diferentes?

R.— Y los andaluces, y los esquimales, y los ifugao, y los fan. Cada individuo es diferente, y a otra escala todos somos similares. La especie humana no tiene razas, sino poblaciones con características biológicas diferentes. Pero eso no da ningún derecho preferente de unos sobre otros.